

1. LA CASA

Las calles que unen la casa a los bulevares están empedradas y en cuesta. Los días de lluvia las piedras están grises, relucientes y pulidas. La casa de arriba, así es como la llaman, es grande, con los suelos de mármol. El último piso está inundado de luz y el sol se esparce por las paredes a medida que uno descende hacia la planta baja. El dueño de la casa fue propietario en otro tiempo de todas las tierras de alrededor, lo que quizá hace que los hijos tengan ese porte como de orgullosos hidalgos en declive.

La gente no se cansa de sacar a relucir en sus murmuraciones el tema de las vitrinas en las que se siguen guardando los objetos más preciosos. Se habla también de los collares de perlas de las mujeres, que llegan hasta la cintura, de las diademas que vienen a buscar para las novias desde la ciudad vecina.

La casa de arriba domina el barrio. Las demás se edifican a su alrededor al capricho de las calles tortuosas. Inmediatamente detrás, la ciudad europea extiende sus anchas avenidas. Un bulevar une la casa con el Liceo Francés.

El barrio de Les Sources no depende de la Medina. Es un islote de viviendas en medio de la ciudad europea.

Antes de la llegada de los franceses, los habitantes de Les Sources eran tomados por unos esnobistas que amaban los espacios y la inseguridad del campo.

La casa de Mohamed Cheyj, el más rico propietario, es a la vez la *Zaouia**, el salón que da el tono de las

* Las palabras en cursiva aparecen relacionadas en el glosario.

buenas maneras, la casa donde uno puede encontrar un préstamo para los tiempos difíciles.

Es un honor besar la mano de Mohamed Cheyj y las jóvenes del barrio se sienten llenas de importancia cuando se sientan de la forma más conveniente en torno a la señora de la casa en la gran sala, para desgranar los guisantes y preparar los cardos.

Zubeida siempre tiene un ejemplo piadoso en la boca. Todo lo que está en contacto con ella, a su alrededor, todos los que se le acercan tienen la agradable impresión de vivir según los deseos del Profeta. El pañuelo blanco de delicada muselina, envolviendo su cabeza, da al rostro de Zubeida un halo diáfano. Ella prohíbe la maledicencia y ama la alegría,

– Ocupad la boca con canciones, dice.

Zubeida rodea su autoridad con una blanda bondad. Posee un sentido común que atrae hacia sí todos los problemas del barrio de Les Sources.

Desde que se instaló la ciudad europea en las cercanías, tanto la casa de Mohamed Cheyj como las demás viviendas han cambiado. Los hombres introducen en las casas nuevos hábitos. Compran periódicos españoles y franceses que han aprendido a leer. Trabajan como camareros en los cafés, guías turísticos o marinos. Algunos han visitado Europa, hablan de las luces que no se apagan nunca, de las ciudades sin sol y del frío.

A modo de atajo, los alumnos del Liceo Francés pasan por el barrio después de las once y media por la mañana y después de las cuatro y media por la tarde. Por entre las rendijas de los postigos, el ojo de las mujeres sueña mirando las carteras, los vestidos cortos y los niños pequeños con las rodillas al aire.

Un día, la hija del director de la escuela francesa viene a llamar a la puerta de la casa de arriba. Es alta, rubia y blanca y no lleva velo. Las mujeres se vuelven locas por ella de inmediato. Dicen en voz baja que come cer-

do y que bebe vino y eso es lo que le da ese tono sonrosado hasta en las orejas y en el cuello. Sus ojos azules brillan. Sube las escaleras corriendo. Las mujeres le pellizcan los muslos y los brazos. Dicen, esto es Francia, y la llaman: “Mad’mosele”.

Mad’mosele sabe cómo trabajar las alfombras. Prepara las papillas para los niños. Cuando nacen los bebés, les pone gotas en los ojos. Para darle las gracias, Zubeida invita a Mad’mosele a las excursiones al campo que organizan las mujeres, a una o a otra de las fincas de Mohamed Cheyj. Mad’mosele no va.

En la casa las mujeres se afanan a su alrededor:

– ¿Cómo hacéis vosotras con los hombres que no están circuncidados?

Mad’mosele se ríe, se ruboriza hasta el nacimiento de su fino cabello rubio y responde que no sabe, que ella todavía es una señorita.

Entonces las mujeres, con la mirada llena de malicia, le dicen:

– Nosotras sabemos de sobra que las señoritas francesas no lo son de verdad. Sabemos muy bien que vosotras bailáis pegadas a los hombres.

Las mujeres de más edad hablan:

– La religión de las cristianas es una religión de libertinaje. Dios nos ha salvado por el Islam.

Se prohíbe a las niñas pequeñas que repitan a Mad’mosele, y esto sólo por educación, que el islam es la mejor religión.

Nadie sabe el nombre de Mad’mosele. Cuando las mujeres le piden que hable francés, ella responde:

– Luego... Luego...

Por su parte, ella, que apenas comprende el árabe, se limita a hablar por gestos, por onomatopeyas o a veces por esbozos de frases. Pero sabe reír, es hermosa para la vista. Las mujeres le perdonan todo. Están contentas de acercársele, de tocar a una francesa. Mucho tiempo des-

pués de que Mad'mosele se haya marchado, las mujeres se repiten sus torpezas riendo. Mad'mosele no sabe hacer nada de lo que hay que saber. Es brusca y torpe.

– ¡Habéis visto! Zubeida se coge dolorosamente la cabeza con las dos manos cuando Mad'mosele sube al piso de arriba.

Las mujeres se ríen a carcajadas:

– Cuando come, Mad'mosele se corta grandes trozos de pan y grandes trozos de carne. Para sentarse, necesita una silla. No sabe sentarse con las piernas cruzadas.

Arrellanadas en los divanes las mujeres bromean:

– ¡Te sientas como el portero!

– ¡Entonces, entre vosotros uno se instala con los pies colgando como a lomos de una mula!

– ¿Te crees una joven novia en exposición?

Como Mad'mosele se vuelve hacia unas y otras riendo dulcemente, se murmura que las francesas son un poco tontas.

A veces las mujeres tienen miedo de dejarse llevar por una cristiana. Bajo su barniz y bajo su maquillaje se esconde un desconocido inmundo. Nadie sabe con seguridad si ellas se purifican después de la regla, pero por el contrario, todo el mundo sabe que no utilizan el agua en los servicios. Zubeida habla:

– Los franceses son unos infieles.

Las mujeres abandonan su labor y se recogen para escucharla; Zubeida continúa:

– Hay que combatirlos bien aunque ahora reinen en este mundo.

Zubeida añade con una sonrisa maliciosa:

– Hay que reconocer que su compañía es muy agradable.

Zubeida huele a madera de sándalo y a ropa blanca perfumada con la flor de naranjo. Las preguntas de las mujeres la bombardean:

– ¿Hay que hacer otra vez las abluciones si se les toca antes de la oración?

- ¿Se puede estar con ellos durante el Ramadán?
- ¿Podemos invocar a Dios en su presencia?

Entre las niñas pequeñas sentadas al pie de los divanes, Yasmina ve subir las palabras como burbujas de jabón, atrapando a su paso el sol que inunda la gran sala. Para Yasmina los días transcurren resplandecientes de luz.

2. LA CIRCUNCISIÓN

A oleadas, con tonos de gris acero y tonos de grises más claros, pasa la calle resplandeciente al sol como la hoja de una navaja. Yasmina ha huido. Corre tan lejos como puede a la calle de Foucauld: ha tomado la primera calle que la puede sacar del barrio. Corre para no oír el grito de Farid.

La calle pasa bajo sus pies. Toda la rebeldía de Yasmina está contenida en este momento en la tensión de sus tobillos y en la sensación de la forma redonda de las piedras ardientes que siente a través de las suelas de sus sandalias. El universo está en llamas. Yasmina es el mismo sol. El calor llena la calle vacía. Este vacío quema, cualquier otra sensación le resulta accesoria. De zancada en zancada, Yasmina se integra en esta hoguera.

Aguijoneada por el calor, ya no puede dejar de correr. Camina con la boca seca, con los ojos apenas abiertos, latiéndole las sienes. Yasmina ha irrumpido en la calle, en el calor, en las piedras recalentadas. Ella es la luz incandescente que se rompe entre sus pestañas, la sangre que chorrea desde el cuello rajado de las aves que el hombre tira en el suelo en medio de un frufrú de alas con una mano todavía abierta y en la otra la hoja húmeda y roja.

Yasmina sigue con su carrera acalorada por la calle en cuesta, pero en este instante, como de forma maquinal, se siente al mismo tiempo aniquilada y colmada. En este día de pleno verano la calle vacía es un refugio,

el sol que se le cuelga en la garganta es un animal tibio, familiar.

Al abrigo de sus ojos medio cerrados, Yasmina hace recuento de los colores: azul en el cielo, gris con reflejos en las piedras, luz amarilla atravesada por destellos de cobre, golpes de címbalos y golpes de gong. Apenas si tiene tiempo de darse cuenta de que su cabeza resuena con impulsos dolorosos, que se encuentra en un minúsculo jardín poblado de rosas rojas cuyas hojas son de un verde resplandeciente.

El padre había hecho venir a un médico. Las mujeres se aglutinan a la entrada de los aposentos de los hombres, con la cabeza escondida por un lienzo de algodón.

– Es más higiénico hacer que venga un médico.

Es la opinión de una de las nueras que ha hecho el bachillerato.

Tanto las mujeres del lado paterno como las del lado materno, se preguntan si todo esto no será una herejía.

– Un argelino, aunque sea médico, sigue siendo un musulmán.

Es la madre de Farid y de Yasmina la que acaba de zanjar la cuestión. A la madre de Yasmina le encanta sorprender y pertenecer a la vanguardia. Yasmina admira a su madre, pero al mismo tiempo le reprocha el hecho de poner en peligro las costumbres con tal ligereza. El doctor Mahmud es el primer médico musulmán que se ve en la familia Cheyj. Goza de la ciencia de los europeos y tiene el mismo físico que ellos. Con la cabeza descubierta, alto, rubio y de ojos verdes. Dicen que fascina. Disfruta de un prestigio enorme entre las mujeres. En cada una de las visitas que hace a la familia Cheyj, Yasmina se planta en el camino del doctor Mahmud y abre los ojos de par en par para verlo todo entero sin ningún tipo de obstáculos. Farid ignora lo que le espera, pero Yasmina lo sabe. Ella teme que el

doctor Mahmud sea un impío y que no esté en gracia. Le da rabia que su hermano esté encantado con esta fiesta en la que es el rey, y que no haga nada por saber cuál es la razón de que todos los invitados tengan tantas atenciones con él. Le da rabia que su hermano sea un chico obligado, por el hecho de serlo, a pasar por todo esto. Farid, despreocupado, va y viene de la habitación de los hombres a la habitación de las mujeres. Acaban de cortarle el pelo por primera vez y en su nuca quedan rastros de talco. Sus ojos marrones rasgados se vuelven aún más grandes bajo su frente despejada.

Es guapo. Farid lleva todavía ropas de bebé: un pelele de popelín blanco y una camisola de cuello redondo bordado en la pechera. El pantaloncito corto está unido a la blusa por unos botones, lo que será práctico para la operación.

Por entre los puños cerrados de Farid, se escapan los caramelos y las monedas de plata. Cuando las mujeres, acariciándole, hacen ciertas bromas, la cabeza de Yasmina arde de vergüenza. Farid no tendrá tiempo de gritar. Un hombre, será Yilali, lo cogerá en sus brazos como se atrapa a un cordero, por sorpresa. ¡Las tijeras brillan!

“¡En el nombre de Dios!”

La sangre corre por la tela a rayas rojas y blancas.

La imaginación de Farid queda impresionada para siempre. Un chico no debe olvidar nunca este momento. Farid sólo tiene tres años pero todo el mundo lo considera lo suficientemente despierto como para no olvidarlo.

En la época de la circuncisión de su primo Brahim, Yasmina era demasiado joven, pero se acuerda de la enfermedad que vino después porque Brahim estuvo enfermo el tiempo suficiente como para que ella lo recordara.

Al día siguiente de la ceremonia, en cuanto salió el sol, Brahim se fue a escondidas hasta la playa para lavar-

se la herida con el agua del mar. Al volver de la playa cayó enfermo.

En aquel tiempo, las grandes familias esperaban a que su hijo hubiera alcanzado una edad avanzada antes de circuncidarlo. Esa edad llegaba alrededor de los doce o trece años, ya que los niños de entonces no eran lo bastante espabilados como para acordarse de la ceremonia.

Brahim no quiere que nadie lo toque. Adopta una extraña forma de andar, como arqueada, su cuerpo está cubierto de eczema. El doctor Decrop le prohíbe que se bañe en el mar. El pus le sale del vientre, de la frente, de los brazos. Por la noche lo atan para que no se rasque. Un día deciden llevarlo a las aguas de un santo para que se bañe en ellas. Brahim está curado. La madre de Yasmina dijo entonces, burlándose, que la enfermedad del primo era un mal sagrado, lo mismo que la tiña es un mal sagrado. Y añadió riendo:

– Es la enfermedad que ataca a los bienaventurados que no se lavan.

Estas palabras revelaron a Yasmina que su madre no creía en el mal sagrado. Y por el hecho de ir al liceo, Yasmina hace como si tampoco ella creyera en el mal sagrado. Pero en todo momento, mientras duró la enfermedad de Brahim, había mirado a su primo con terror.

E incluso una vez curado Brahim no había forma de que le gustara. Tiene la nariz chata, la boca blanda, la piel rosa, el pelo amarillo y es un retaco.

Como todos los hombres de la familia son magníficos, Brahim es consciente de su fealdad. Se queda a menudo con las mujeres. Hace de bufón, las hace reír. Cuando se niega a hacer sus gracias, las mujeres le hacen llorar. Se divierten así con la pena que le han causado. Incluso las sirvientas saben que pueden burlarse de Brahim. A veces las criadas más jóvenes llevan la broma un poco lejos, y entonces Zubeida, siempre serena, las llama al orden:

– Brahim es un hijo de la familia Cheyj.

Le dicen a Yasmina que ella será seguramente la mujer de su primo. Yasmina se imagina durmiendo con Brahim en esa cama en la que lo habían atado esas noches en las que daba alaridos suplicando que le dejaran rascarse. Ante la perspectiva de casarse con Brahim, Yasmina se concentra en la voluntad de no crecer. Es la única posibilidad que le queda para escapar de esta boda y de todas las bodas.

Cuando las mujeres le hacen rabiar con este tema, consiguen exasperarla de tal modo que por despecho llega hasta el punto de desvelar sus planes. Las mujeres se ríen:

– Crecerás a pesar de todo, y cuando tengas la edad, lo que estarás es más que impaciente por tener a un hombre.

Yasmina entrevé todo ese futuro angustioso, imposible de imaginar, en el que ella será el centro de fuerzas que le serán ajenas y que la empujarán a los brazos de su primo Brahim.